

Introducción

Protágoras ha sido interpretado tradicionalmente en el sentido de un relativismo escéptico. Pero hoy en día se pone en duda que sea ésta la verdadera interpretación del filósofo. Protágoras fue un sofista, y sofista significa un ilustrado de la antigua Grecia, esto es, un progresista, un amigo del desarrollo de los pueblos. Y no en vano fue amigo personal de un gobernante progresista, el cual le encargó una constitución para Turii.

Los sofistas pensaron en el desarrollo porque ellos eran los educadores de un pueblo progresista, que había adquirido conciencia de su valor y superioridad frente a los otros pueblos. Hicieron portentos bélicos al vencer a los persas y pensaron que algo parecido eran capaces de realizar en lo social y político. Pero también sabían que la condición necesaria para lograr cualquier preeminencia era el cultivo de la inteligencia. El griego era un pueblo que contaba con una tradición de genios; los otros, los bárbaros, que apenas balbuceaban la lengua griega, el idioma más perfecto de la época, son justamente dignos de menosprecio.

Los sofistas, educadores de varias generaciones de griegos, sabían que el desarrollo es posible y que disponían del medio indispensable para llevarlo a cabo. La posibilidad del progreso de los griegos estaba demostrada con los hechos y el poder de la inteligencia como instrumento para dicha posibilidad también, pues no de otra manera se explica el que un exiguo ejército de helenos supiera desbaratar al formidable ejército persa por tierra y mar.

El desarrollo según Protágoras

Es inútil rastrear en Protágoras una palabra que signifique desarrollo, y menos, que nuestra palabra “desarrollo” pueda derivarse del léxico protagoriano, pues desarrollo es voz de ascendencia latina y no griega. Está emparentada con *rotulus*, rodillo; cuya acción propia es *rotulare*. Si a este verbo se le antepone el prefijo *ad*, obtenemos *ad-rotulare*, arrollar. Pero si a este compuesto verbal se le prefija a su vez con la preposición *des* obtenemos *des-ad-rotulare*, desarrollar. Literalmente arrollar y desarrollar se usan cuando se aplican, por ejemplo, a la acción de enrollar y desenrollar un hilo o un alambre; pero el uso que interesa aquí es el que tiene en sentido figurado: “Acrecentar, dar incremento a una cosa del orden físico, intelectual o moral”, como dice la Academia.

¿Cómo se puede entender el desarrollo? Pues depende de la perspectiva en que uno se sitúe o del fundamento desde el que parta. No es lo mismo un contexto que cuenta con los valores absolutos que otro en el cual los valores son relativos. Si la medida es lo absoluto, el desarrollo consistiría en adaptarse al camino que lleva a ese absoluto. Pero

para un agnóstico o ateo como Protágoras no hay ningún tipo de absolutos: "La medida de todas las cosas es el hombre". Este principio fundamental de Protágoras se ha interpretado tradicionalmente en un sentido epistemológico como una especie de relativismo escéptico; pero, sin embargo, parece ser errónea esa interpretación tradicional y seguramente lo que quiso decir Protágoras es que, al no existir absoluto alguno que fundamente al hombre, éste es la medida de todas las cosas, esto es, está condenado radicalmente a la soledad, no tiene amparo ni sostén y es, en definitiva, lo que él se haga. Así, pues, el desarrollo o progreso humano no tiene horizonte definido ni meta señalada. El hombre es un haz abierto de posibilidades sin más limitación que la que él se imponga.

Otros textos del sofista pueden corroborar esta interpretación. Por ejemplo, "El alma no es otra cosa que sensaciones", "Todos los juicios son verdaderos", "Expuso el valor del momento oportuno", etc. (Diog. IX, 51-52). Como diciendo: el alma no es una sustancia, sino un conjunto de vivencias; la verdad o la falsedad no existen en sí, sino que dependen del criterio del hombre; el valor de las acciones tampoco es estable, sino que tiene que contar con que sea apropiado a una determinada circunstancia.

Todavía hay textos más explícitos: "Por naturaleza no hay nada que lo sea esencialmente" (PLAT. *Teetet*), y "Lo que a cada Estado le parece bello y justo lo es para él, mientras tenga el poder de legislar" (Ibid).

En Protágoras no hay valores fijos ni absolutos porque no hay un Dios que los sustente. Protágoras no parece ser simplemente un agnóstico, como corrientemente se ha dicho, sino un ateo circunspecto. El testimonio de Diógenes de Oenoandria corrobora este punto: "Protágoras de Abdera tuvo la misma opinión que Diágoras (el cual era ateo), pero la expresó con diferentes palabras, para evitar la enorme audacia de ella. Dijo que no sabía si existían los dioses, lo que equivale a decir que no sabía que no existen". (Frag. 12, 2, 1).

Si el hombre es la medida de todas las cosas, el desarrollo no puede tener características fundadas *a priori* ni principios fijos. Por las condiciones sociales e históricas, podemos determinar en qué clase de progreso o desarrollo pensaba Protágoras al imponerse la tarea de educar. Por de pronto, el desarrollo no puede consistir simplemente en ruidos de motores, como mucha gente piensa ahora. Y esta visión miope del desarrollo está llegando ya a extremos sumamente peligrosos para la supervivencia humana. Es evidente que Protágoras no pudo pensar en esta clase de desarrollo por ser anacrónico.

Tampoco podía tratarse de un desarrollo eminentemente material. Los griegos de la época sabían que eran cultos, a pesar de no ser ricos; su arma sobresaliente era la inteligencia, no la riqueza.

El desarrollo consistía en avanzar en lo que los griegos llamaban "paideia": "...el que venga a mi lado, sólo aprenderá aquello que haya venido a buscar. Y este aprendizaje versará sobre la *eubulia* en las cuestiones familiares, para que se administre excelentemente la propia casa, y sobre el gobierno del Estado, para que cada uno sea eficaz en los asuntos públicos, tanto con la acción como con la palabra" (PLAT. *Protág.* 318D).

Tampoco se puede sentar como valor absoluto el qué hay que desarrollar. La doctrina del *homo mensura* implica un desarrollo libre: lo que el hombre quiera, en la medida, dirección y tiempo que quiera.

La posibilidad de progreso o desarrollo en el hombre la estudia Protágoras en el famoso mito de Prometeo. Según este mito, el hombre está privado de los medios de subsistencia y de las armas que poseen los animales. A diferencia de éstos, el hombre posee el fuego de Hefesto, que robó Prometeo para él. Este fuego no es otra cosa que la conciencia. El hombre es un animal enfermo, como diría Unamuno; tiene conciencia de su debilidad; los animales son felices porque no saben que son limitados.

El origen y el fundamento del desarrollo es precisamente esta conciencia de la miseria humana, la cual hace infeliz al hombre, pero le da la posibilidad de desarrollarse.

Según el mito de Prometeo, los instrumentos de progreso o desarrollo son el pudor

y la justicia. El pudor entendido en el sentido de conciencia de la indigencia y la justicia entendida en el sentido social, como ingrediente de la vida de la *polis*.

Conclusión

Como se ha podido apreciar, la preocupación por el desarrollo no es nueva, pues era la preocupación típica de los días de Protágoras. Y nuestros tiempos son de alguna manera similares a los de los sofistas. La importancia que hoy se le da a la educación se debe a la conciencia de que ella es indispensable para el desarrollo humano.

No son hoy día muy claras las características y las condiciones del desarrollo, pero la esperanza es que la raza humana sepa enderezar en cada momento su propio camino.

Como en los días de los sofistas, es posible que se tambaleen las bases sobre las que descansa la convivencia humana, y como en aquellos días, es probable que se produzcan situaciones de reacción en busca de un equilibrio.